

“ESTACIÓN 101”



**CUENTOS FANTÁSTICOS
Y OTROS NO YANTO**

Lo primero que alertó mi consciencia dormida fue el chirrido angustioso de metales batiéndose. Un terrible estruendo y, un segundo más tarde, un humo pestilente me cegó la mirada. Después, casi sin tregua, cesó el movimiento de la máquina de madera y de hierro y se hizo el silencio.

Mis ojos derramaron las benéficas lágrimas y limpiaron el oscuro cristal de mis ventanas. La calma prolongada ahuyentó el terror que sentía y volví a abrir los ojos, serené los latidos de mi pecho y garganta, miré a mi alrededor, y dejé de temblar.

¡El tren estaba quieto en mitad de la nada! Pero no, no era cierto, estaba equivocada. Cuando el humo, ya libre, dejó limpios mis ojos pude

leer el letrero del tablón de madera, viejo desecho de árbol que pendía bailando al son del viento de dos cadenas viejas: “Estación 101”, me decían sus letras.

Bajé la ventanilla, miré hacia el exterior, aunque no tenía miedo, todavía temblaba. Los campos de Castilla preñados de mieses amarillas brillaban como el oro; y la brisa ligera que unos minutos antes había robado el humo, cimbreaba los virginales vástagos. El paisaje era inmenso. Solitario. El cielo azul intenso. El olor vivo, pleno. Al final de una extensa explanada de tierra apisonada, mortecina y estéril se hallaba la Estación.

El edificio en sí no era nada especial, típico de la tierra si estás acostumbrado a los bloques de pesado granito que formaban sus paredes. Las ventanas de madera grisácea y carcomida por el sol y la lluvia de todos los veranos y los mismos inviernos. Yo, desde la ventanilla de aquel vagón vacío, sentí de nuevo el miedo de todo aquel misterio tan extraño y absurdo, pero

algo no puedo precisarlo o alguien, tomó mi mano y, muy lentamente, bajé del carruaje.

Con los pies sobre el polvo, me detuve un instante, miré a mi alrededor ¡Nadie! Quizás un viejo perro vagando entre las vías, algunos abejorros, moscas recalcitrantes, cigarras invisibles que buscaban amor como todos lo hacemos. Di unos tímidos pasos y de golpe, a mis espaldas, el vapor envidioso, encerrado en el vientre de hierro, empezó a resoplar con desesperación; también quería ser libre y volar hacia el cielo como antes lo había hecho su compañero el humo, sutil y silencioso, más liviano que él.

Yo me sentía flotar. Bajo mis pies ligeros ya no había suelo firme ni tierra blanquecina ni agua, ni aire, ni camino siquiera, pero no me importaba, sabía a ciencia cierta que debía llegar a aquella puerta vieja. Abrirla con mis manos y descubrir al fin qué había tras el letrero que vibraba, en silencio, colgado de cadenas ro-

ñosas por el tiempo. Habían pasado segundos, quizás unos minutos desde mi primer paso y, sin embargo, a mí me parecieron años, se me antojaron siglos.

Estaba ante la puerta de roble transformado por la mano del hombre. El tacto era rugoso y áspero, mi mano, temblorosa de nuevo, la empujó suavemente y ella cedió despacio no sin regalarme antes un agudo chirrido en lugar de saludo. Pero por asombroso que pueda parecer todo lo que hasta este momento he podido narrar, nada podrá igualarse a lo que me encontré tras la vetusta puerta y el extraño cartel.

La sala era de tamaño mediano, podríamos decir, luminosa y alegre y sólo en el instante en el que el portalón se abrió de par en par, decenas de personas se acercaron a mí. Me miraron y sonrieron amables. De nuevo, durante unos segundos, el temor me invadió. La mano que me había conducido a aquel lugar onírico dejó la mía propia, y me sentí perdida en medio de otro mundo que para mí era extraño.

Pasé un tiempo con ellos, no podría decir cuánto, quizás fueron minutos o quizás fueron años. Hasta que llegó un día por extraño motivo que escapa a mi pobre entendimiento, el silbido del tren que dormía en la vía, con toda la potencia de un animal salvaje me reclamó de nuevo. Me llamó por mi nombre. Se apoderó de mí sin siquiera rozarme y me llevó consigo a una nueva Estación.

Cuando regresé al tren para seguir mi ruta, mi alma iba repleta de nuevas experiencias, de nuevas sensaciones, de amistad, de cariño sincero, aunque también quizás de ciertos desengaños que nada me importaban porque era más lo bueno que llenaba mis alforjas de caminante eterno...

Madrid, mayo de 2014